

José Lupiáñez: «Quisiera esculpir con la palabra la sensibilidad del lector»

El poeta y escritor gaditano afincado en Motril presenta hoy 'El chico de la estrella'

■ JUAN LUIS TAPIA

GRANADA. El poeta y escritor José Lupiáñez presenta hoy su libro de relatos 'El chico de la estrella' (Ed. Port Royal), unas historias de aquellos hijos de la Transición, de las campañas del Domund y de dos únicos canales de televisión. Lirismo y narrativa se funden en los relatos escritos por este poeta, que rememora aquellos tiempos también habitados por las injusticias, las carencias y el robo de tantos sueños. Poeta por encima de narrador, José Lupiáñez presenta en 'El chico estrella' una poética de la memoria. Hoy, a las 20.30 horas, presenta este nuevo título en la Librería Nueva Gala.

—¿Qué es 'El chico de la estrella'?

—Es un libro de cuentos que pretende explorar el territorio de la infancia y la adolescencia, con una voluntad de acercar a la sensibilidad de los jóvenes de hoy, y a la de los no tan jóvenes, las atmósferas, las escenografías, las carencias, las injusticias, pero también las esperanzas y los sueños de un pueblo y de unas gentes, relativamente aislados. Es decir, acercar ese tiempo previo a la transición en el que todavía persistían las sombras de la postguerra, el imperio de la radio, las películas en blanco y negro, las campañas del Domund y toda aquella liturgia de la etapa del



José Lupiáñez. ■ IDEAL

desarrollismo, en la que creció mi generación y empezó a tomar conciencia de una realidad llena de contradicciones.

—¿Qué hilo conductor tienen los relatos?

—En cinco de los seis cuentos que integran el libro es la infancia, como digo, son los niños, los chicos, los que protagonizan las historias. Hay otro más en el que, por contraste, el personaje protagonista es una mujer de edad, a cuya peripecia asisten los muchachos, más de pasada, como espectadores ocasionales y lejanos de una curiosa transformación espiritual. Esta presencia de personajes adolescentes es, sin duda, el eje que vertebra las historias, pero también la nos-

talgia de lo vivido. Trato de contar con sencillez, con la emoción de quien evoca lo que de permanente puede tener aquel periodo vital, a través de las aventuras y circunstancias de unos personajes representativos, a su manera, de aquellos años. Y lo hago con humor, con ternura, hurgando en esas variables imprevisibles de la condición humana.

—¿Cuál sería su decálogo o poética del relato?

—Para mí saber contar es un don, un raro don que no se alcanza con facilidad, por eso al cuento, al relato, le pido amenidad, sencillez, sorpresa y lirismo, entre otras muchas cosas. Me gustaría apresar al lector desde los primeros compases de una histo-

ria y hacer que su interés por la misma vaya creciendo a medida que lee, pero sin grandes alardes, sin recursos aparatosos ni experimentalismos extenuantes, utilizando la lengua de mi tiempo y dejándole entrever, mientras lo hago, que me puede el veneno de la gran Literatura; de esa Literatura con la que hemos crecido, la que nos ha ido nutriendo y curtiendo a lo largo de los años, sin que el resultado final suene a emulación o a variante de lo muy conocido. Me gustaría que las historias no se olvidaran fácilmente y perdurasen en la memoria por su novedad, por su vigor, por su frescura, porque muchas veces cuando leo a determinados narradores, al cabo de unas semanas se me han desdibujado sus mensajes. Yo quisiera esculpir con la palabra la sensibilidad del lector, tatuar en ellos lo imaginario, lo soñado y lo real de mis cuentos, y para lograrlo es importante que estos tengan poderosos anclajes en la verdad de lo vivido.

Poeta secreto

—¿En qué medida se introduce su poesía en sus relatos?

—Era para mí un reto no caer en el registro poético propiamente dicho, sino jugar con las bazas de lo narrativo. Yo, que he sido, y sigo siendo, un poeta secreto, no quería prolongar lo lírico en esta otra aventura, pero tampoco prescindir de la poesía. De algo me tenía que servir haberla cultivado con mayor o menor fortuna durante tantos años.

—¿Qué cuestiones aborda en estos relatos?

—Muchas, la verdad, y muy variadas: desde la iniciación a la vida, al aprendizaje del dolor; desde el descubrimiento del amor o del desengaño a la conciencia de la muerte; desde las emociones novedosas de la libertad y la independencia o la aventura hasta el desvelamiento del horror o del castigo inhumano, sin perder de vista las referencias a la realidad de un tiempo que transcurre en unos territorios concretos: la provincia de Cádiz, mi tierra natal, y también la de Granada, la patria de mis mayores, más puntualmente.

—¿Es considerado el relato en el panorama literario español?

—Es evidente que en los últimos tiempos ha cobrado notoriedad y quizá se lean relatos con mayor interés que antes, pero los grandes narradores no son los que más aparecen en los periódicos o las revistas, sino muchos otros que circulan por caminos más desconocidos. La verdadera historia de nuestra Literatura reciente está por escribir. Aparte de algunos maestros indiscutibles, conocemos determinados nombres que son los que ha interesado airear a ciertas editoriales o a unos específicos grupos de presión, bastante excluyentes, por cierto, pero por debajo de esa espuma pasajera, de esas páginas de espuma, alienta un océano insondable de realidades desconocidas que está por descubrir. Lo que ocurre es que una y otra vez —los medios son suyos y el poder y la gloria— se reza el mismo rosario y los misterios son los mismos y seguimos con este viacrucis y con el estrago de las mismas estaciones como única propuesta visible. Por eso, aunque persistan machaconamente sus nombres en las tribunas, en los programas y en los actos, se olvidan tan pronto sus historias, sus personajes y sus fábulas.